SIMÓN ERGAS

DELITOS de POCA ENVERGADURA

RAFAEL EDWARDS

MENSAJE ESCRITO EN UN CUPÓN 2X1 ENCONTRADO JUNTO A LA RUEDA DE MI AUTO AL ESTACIONAR EN EL SUBTERRÁNEO DE UN CENTRO COMERCIAL

* * *

Si estás leyendo esto es porque estoy muerta. Seguramente estoy muerta y si no, debo estar por morir. Mi cuerpo ya padece las consecuencias. Veo mi piel blanca por la falta de luz solar, incluso la toco y siento la tela delgada como si se fuera a romper con sólo moverme. Los ojos no me responden al cambio de luz. A veces miro los focos directamente para estimular mis pupilas pero estas ya no se adaptan a nada. Simplemente me encandilo y no pierdo el acostumbramiento a la oscuridad. Tengo una tos grotesca. Creo que ha ido empeorando. Creo que esa puede ser

la razón por la que voy a morir. Hace tanto que no oigo ruidos distintos al motor de automóviles desplazándose y las llantas retorciéndose contra el suelo de goma. Antes me detenía ante alguna cámara de seguridad y suplicaba por ayuda. Pero ellas no oyen. Me arrodillé y gesticulé. Llegué a la conclusión de que nadie estaba mirándolas. Son un engaño y nadie además de ti sabrá que he muerto, nadie, sólo tú, sabe ahora que estoy apresada aquí. Las cámaras son mis cadenas. Lo mismo que esas ridículas máquinas para cobrar el estacionamiento. Siento la voz automática grabada en ellas dentro de mi cabeza. Cuando intento dormir, en algún rincón vacío, generalmente en el último subterráneo que es un poco más caluroso, no puedo descansar porque sigue repitiéndose en mis oídos ese odioso acento: coja el ticket y recuerde pagarlo antes de salir. ¡Y no puedo salir! ¡No puedo porque perdí el ticket! Toqué el timbre de la máquina que está conectado a un ser humano. Lo accioné y una voz me contestó desde otra parte. Inflexible me quiso cobrar un dineral por la pérdida del famoso ticket y, cada vez que lo decía, una gaveta se abría sacando la lengua esperando a que la alimente. No tengo lo que me pidieron por mi libertad. No pienso pagar esa cantidad por un pedazo de cartón. Llevo días retrocediendo sobre mis pasos. He vuelto a las tiendas donde compré la ropa que he estado usando, miré detrás de las máquinas de bebidas que me han alimentado, busqué cuidado-

samente en cada uno de los baños que están abiertos de 9 a 9. Durante varias tardes esperé a que no hubiera nadie pagando su estacionamiento y toqué otra vez el timbre para hablar con mi verdugo. Me acompañé por esa voz de hombre. Tomamos una vez un helado de barquillo juntos y en otra ocasión un café con vainilla y en otra una lata de coca cola medio caliente. Fui sexy. Pensé que lo lograría con mi actitud más seductora. Le hablé de los bikinis que había comprado. Me los probaría si venía a levantarme las barreras. El muy canalla quiso verme con el traje de baño antes de bajar a este inframundo. ¡Era él mismo! ¡Él estaba detrás de las cámaras de seguridad! Me estuvo mirando todo este tiempo sin hacer nada. Él me tiene cautiva. Ya no puedo. No sé qué más hacer. Lo intenté todo. ¡Necesito salir de aquí! ¡Necesito dormir en una cama y estirarme! Los asientos reclinables de mi jeep me tienen la espalda torcida. Lo estaciono cada noche en un lugar distinto pero ahora sé que desde todas partes me observa un loco. Si encontraste este mensaje ayúdame. Búscame en la letra H del menos tres. Sácame de estas catacumbas. Ábreme las puertas de la cárcel. Indícame dónde encontrar al hombre tras el timbre para estrangularlo y obtener mi libertad. Si es tarde, recógeme y dame sepultura.

EL ACABOSE

* * *

El avión llegó sin novedad. La señora Maruja timbró fácilmente sus documentos y los de sus hijos para que todas las computadoras del mundo supieran que habían regresado de sus vacaciones. Esperaron pacientes mientras la cinta deslizó hasta ellos su equipaje, acumularon en un carro las posesiones de toda la familia y, en ese momento, delante de ellos, un cartel gigantesco los golpeó como un puñete del brazo de la ley: ÚLTIMA OPCIÓN - DEPOSITE AQUÍ SUS ELEMENTOS VEGETALES O ANIMALES NO DECLARADOS. Las marmotas aduaneras del aeropuerto estaban de cacería para apropiarse de cualquier exquisitez bajo argumentos catastróficos. La señora Maruja, enrojecida por el sol de Salvador y madre de tres niños también coloreados, no quiso prestar atención. No era la primera amenaza desde que aterrizaron. Sin embar-

go, al voltear su carro, de casualidad, sus ojos recorrieron la superficie del cartel siendo imposible para ellos leer todos los ejemplos de productos prohibidos, pero identificó, claramente, como si el cruel diseñador de ese afiche estuviese pensando en ella, uno que reventó en sus adentros con el eco de un órgano desolador y la hizo caer de rodillas por su traición a la patria. Vio proféticamente delante de sí, levantándose con la misma imponencia de la cordillera que rencontró ese día, dantescas imágenes del valle central de Chile azolado por pestes y ceniza, el fértil sur con enormes árboles resecos y envueltos en las llamas verdes de una condena de cobre, los majestuosos glaciares transformados en endebles acequias que luchan contra el sol y quienes las beben, la violencia del océano y sus frutos tóxicos enrojecidos, el aire seguirá pútrido, la pobreza y el hambre obligarán a los hombres a enfrentarse ya por necesidad y no solamente ambición. La señora Maruja intentó respirar hondo para librarse de su trance. Pero al abrir los ojos, ante la única puerta de salida, un agente con un perro olfateaban los equipajes de otros pasajeros y a continuación un aparato de rayos x dinamitaba los escondrijos. El pitito que emitía cada vez que leía una maleta resonó dentro de ella con los propios latidos de su corazón a punto de dejar de trabajar. Ya sentía los grilletes en sus tobillos. La mosca azul le zumbaba en sus oídos. Se escondió rápidamente en un baño, sin responder los llamados de

sus hijos abandonados en medio del pasillo. De su cartera sacó un pote de greda con una tapa de cera que le había comprado a una vieja de blanco en el norte de Brasil. El envase completo contenía moléculas de otras latitudes. Temerosa del peor de los castigos, destrozó la cera con sus dientes olvidando que quedaría entre sus muelas y, como alguien que ya no puede aguantar más, con un suspiro, dejó caer el chorro dorado de miel oscura de caña de azúcar que no tenía por qué tener contacto con el aire de su país. Tiró la cadena y esa masa, una verdadera diarrea dulce, se despidió de ella para siempre. Estaba a salvo. El miedo había hecho su trabajo. La miel acabaría, a través del desagüe, en contacto directo con la naturaleza y ni siquiera ya filtrada por las tripas de alguno de sus niños.

CEDULA DE
IDENTIDAD
CHILE
LABARCA
DEL RIO
ZACARI
CHILE
SEXO
NUMERO DOCUMENTO
18091817
FECHA DE VENCIMIENTO
11 SEPT 2023
Zac Labarca

CÉDULA DE LA CÉDULA

* * *

Una voz elevada rajó, como lo hace un papel confort prepicado, la tranquilidad de otro plácido domingo en el café austriaco de un barrio luminoso de la ciudad. Siempre allí todo era igual. Siempre a ese día y a esa hora la gente tomaba cortados y pedía selvas negras. No había manera de perturbar el silencio de los clientes conversando de manera decorosa. A un tipo cualquiera que pidió la cuenta y quiso pagar con su tarjeta de crédito, se le demandó el carnet de identidad. La mesera, al tomarlo entre las manos, intentó dar media vuelta y dirigirse al mesón donde se realizan comúnmente las cobranzas. En ese mismo instante, el hombre la jaló exageradamente de uno de sus brazos. ¡A dónde va con eso!, le gritó sin necesidad de hacerlo. ¡Cómo se le ocurre llevarse mi carnet! Ella, tranquila, sin culpa de nada, frotándose

el antebrazo irritado por el apretón, le aclaró que era para corroborar el cobro, un procedimiento totalmente de rutina. ¡Cómo se le ocurre que le voy a pasar mi carnet! ¡Revíselo aquí, junto a mí! Sus facciones acumularon ira rápidamente. ¡Vuelva acá! ¡Devuélvamelo! Su cara se puso roja bullendo de inmediato. ¡Yo soy el que aparece allí! Escupía al exclamar. ¡Impresionante! ¡Ustedes no entienden nada! Su cabello se desordenó por la agitación. ¡Imagínese! ¡Yo no sé lo que usted haga con mi carnet allá adentro! De pronto sus cejas parecieron estar hechas de pelos largos y desobedientes que le daban un aspecto monstruoso. ¡Esa es mi vida! ¡Mi persona! Las venas de su frente, los globos de sus ojos, se inflaron por la presión. ¡Cree que voy a andar sin mi carnet! ¡Mi identidad! Las cavidades perinasales de su rostro aumentaron rellenas de rabia, desfigurándolo. ¡Yo! ¡Yo soy ese! ¡Yo soy! ¡Yo soy! Sus puños apretados. Sus piernas tensas en noventa grados como si se fuera a despegar de la silla, listo para reventar. ¡¿Ah?! ¡¿Qué me dice?! ¡Yo soy eso! Se puso de pie bruscamente golpeando sus tobillos. Más de uno de los presentes pensó, ya tarde, en intervenir. Pero él sólo pagó dejando un montón de efectivo con desprecio sobre la mesa y se fue defraudado por no hacer uso de la tarjeta de crédito dorada. Su semblante aceitoso, incluso, lleno de filtraciones por las que escapaba su locura en forma de sudor, lágrimas y saliva, se distanció océanos

del hombre que una mañana se tomó una foto y con ella le fabricaron una cédula de plástico que para la Tierra y los otros mundos era nada más que basura indigerible.

DÍA INTERNACIONAL DE ALGO

* * *

Por la curiosa diversidad temperamental de los seres humanos, Raúl Calvo, en sus pasaditos cuarenta y cuatro años para ser soltero, seguía estancado en el mismo trabajo de su juventud y le encantaba. Aquella razón, detuvo cualquier búsqueda de nuevos horizontes ahorrándole la necesidad de sortear los huecos que dejaba la vida con una mujer o usar como excusa a unos hijos. Simplemente lo hacía feliz un trabajo que no fuese pesado y le permitiera comer, la convivencia de tono familiar con su jefe y la repetición de volver a hacerlo cada vez, cada semana, algunos fines de semana o en turnos especiales durante el verano. A veces se sentía él mismo como un reloj, no una manecilla, sino la máquina completa volviendo las noches al cero inicial. En su cabeza no entraba nada más que los precios de la mercadería que vendían

en el almacén y una habilidad extraordinaria para la suma, la resta, y así sacar rápidamente las boletas con el vuelto preciso. Nunca una queja. Nunca un problema. Raúl hizo de esa vida la perfección. Nadie habría imaginado que se podía aspirar a ser el mejor ayudante de un almacén de barrio. Pero somos finitos, nosotros, hombres y mujeres, plantas y astros y relatos, y, a imagen y semejanza, los procesos de los que dependemos también se terminan. A Raúl Calvo, en sus pasaditos cuarenta y cuatro años, lo invadió el desamparo marcado por un reloj cucú con el grito chillón de un pájaro proveniente de su corazón desatendido: estaba solo, estaba solo, estaba solo. Esa mañana salió de su pieza en calle Puente con cierta melancolía pero algo le hizo pensar que el chaleco le quedaba grande. Había sol, un sol frío, y el chaleco estaba bien, solamente poca gente en las calles y cierta presión entre sus ojos detrás de la nariz. Subió a la micro, también liviana de pasajeros, se sentó atrás, casi alegre de ir a la ventana pues nunca viajó sentado al trabajo. Miraba las cortinas metálicas de las tiendas cerradas, ido en un sentimiento desagradable que era incapaz de definir. ¿Demasiado espacio? Las calles estaban desiertas. ¿Soledad? No más de una o dos personas esperaban cruzar en cada semáforo cuando durante la semana son enjambres, rebaños, cardúmenes que sucumben a las instrucciones mudas de las luces rojas. Con la claridad de que llegaría de todas

maneras a su destino, no se preocupó en el momento en que el bus desvió el trayecto y evitó pasar por la Alameda principal. Su mirada vidriosa y desconcertada, pegada a la ventana, siguió los vehículos de carabineros estacionados por todas partes. Al ver policías sobre caballos, su garganta se apretó queriendo sollozar. Unas personas con pancartas pasaron junto a la micro pero él sólo pensaba en su nuevo estado de ánimo, inesperado. ¿No trabajaba todos los días en el almacén con don Hugo y su familia? ¿Si estaba siempre con ellos por qué no era parte de la familia? De pronto desarraigado, recorrió la ciudad hasta descender en el paradero de Ñuñoa. El almacén estaba abierto como siempre. Llegó más temprano por el poco tráfico y mientras don Hugo trataba de decirle algo sobre la fecha, prefirió desconectarse y disponer la mercadería, encender luces, abrir ventanas, recibir el canasto de la panadería que nunca llegó, mover los baldes con comida para perros y gatos, hasta finalmente esperar a los clientes. La plenitud. La dicha. Antes, la cima de su mundo era ascendida por un cerro tan simple que únicamente podía haber en la cumbre un arcoíris. Hoy, en cambio, la ladera escarpada de la alegría era inasible hasta para las mismas rocas que se desmoldaban cayendo al vacío. Trabajó desolado, y don Hugo no le ayudaba hablándole y hablándole del calendario. Él, tranquilo, no atendió; decaído, dejó ir esa información. Por la mañana no vino

mucha gente. Cada vez que alguien entraba, don Hugo se deshacía de él, mandándolo a buscar algo atrás con excusas terribles. No entendía. Aun cuando la esposa de don Hugo no vino a ayudar, sin argumentos, intentó mandar a Raúl de vuelta a casa. Así se rompió algo en su cuerpo y de allí dentro sólo salió agua inundándolo todo. No era necesario deshacerse de su persona. No molestaría. No se entrometería en una familia ajena. No pedía más que estar ahí. Quería, por lo menos, completar su jornada laboral. Luego dejaría ese aluvión correr desbordado por primera vez en sus cuarenta y cuatro años. Cerca del mediodía, desde la bodega, desempaquetando un quesillo para meter a la vitrina, oyó una voz que dijo buenos días para de inmediato enfrascarse en una discusión. Cuando se asomó, pudo ver un carabinero repitiendo la palabra "feriado" en varias ocasiones, "empleado", "multa". Atento, tratando de descifrar la escena, endureció el espíritu ante posibles problemas. Pero al levantarse ese muro, al mismo tiempo fue derribado y todo lo dulce del mundo se fundió en una sola marmita donde un niño pudo nadar hasta saciarse. Don Hugo le dio un abrazo, miró a la autoridad y dijo fuerte y claro, fuerte y claro, fuerte y claro: "Es mi hijo, señor. No está contratado". Raúl sí tenía contrato, pero no iba a reclamar la luna cuando el sol ya le otorgaba todo su calor. Cautivado, terminó su jornada con la esperanza de que el día del niño, próximo